

La poesía de Armando Rojas

Por Javier SOLOGUREN

El comentario de un texto inicial, de un libro de iniciación, no es tarea fácil. ¿Qué consistencia atribuirle a sus rasgos incipientes? ¿Cómo juzgar a partir de un solo paso la orientación que toma? La perspectiva frente a ese libro primero puede ser parcial, exagerada o ilusoria. Esto, claro está, en muchos casos, pero no en todos. No, justamente, con el que tratamos. **Bosques** (Lima, 1973) es un conjunto de poemas bien definidos tanto en su lenguaje como en su materia misma, sin desniveles ni pasajes intrusos. Se mantiene en todas sus páginas una limpia y homogénea sustancia poética.

Ya desde su umbral, nos toca la súbita corriente de un verso de Trakl ("Al atardecer retumban los bosques otoñales") que encierra y libera el ánimo material, suscitando la presencia del viento que agita extensamente las hojas quemadas, ya delicadamente metálicas, del bosque en los límites inquietantes de la noche. Ese epigrafe se acompaña de unos versos del propio autor cuyas sibilinas alusiones tal vez haya que dejarlas tal cual, salvo la mención específica de "en el ocaso / en el silencio alzar / bosques de helechos" por lo que de arcanos, oscuramente primitivos y vitales, estos (que constituyen formas originarias de la vida en nuestro planeta) van sugiriendo.

Bosques comprende poemas escritos entre 1965 y 1973 y distribuidos en cuatro partes o "confines" como las designa el poeta: "Nubes", de 1965 a 1969;

"Aves", 1971; "Rocas", 1972, y "Aguas", 1973. Nubes, aves y aguas tienen de común el movimiento, son entidades cambiantes que fluyen y derivan, no así las rocas. Pero los textos que integran esta sección participan por igual de la naturaleza flexible y ondulante de los demás poemas. Y es esta, sin duda alguna, la nota más característica del habla poética de Armando Rojas. En ella, las palabras se deslizan, se sobreponen y alternan unas tras otras en cortas unidades a modo de enunciados que evitan en todo momento trabarse en un discurso de cerrada figura ("y al borde flujo de estrellas / el agua aleteó fuimos y el cielo y / su loco rayo flotando / sonó hubiéramos vivido el pájaro soportaba / por colinas de sangre perseguimos / las palabras hincharon su pecho soplen / nos cansamos de tocar ábrete confin (...)") Fluctuación, aleteo, metamorfosis, ingravidez. Nada se apoya ni poco ni mucho, nada es enfático, nada es rotundo. Es que Armando Rojas se sitúa precisamente en esa zona fronteriza a la vigilia y al sueño donde lo acacido no se petrifica ni se desvanece sino que se deja sorprender en su transcurso temporal: se deja sorprender transcurriendo. Tal actitud, tal situación, implican un arduo requerimiento de mente y sentidos, una difícil acomodación sensitiva e intelectual. De ahí, pues, que toda mención lo es a condición de levitar, de hallarse pres-ta al vuelo. "Sólo después el viento y sus flancos / vibraron no resistiremos cantos de ceniza dentro / fuera arrójalos no podemos dor-

mir / quién soportará subimos en primavera / largos años en las colinas / y rodamos / al extremo del otoño / ni un canto de lechuza alumbraría / por montes pelados habremos vivido un negro rayo / de comienzo a fin (...)".

El pasaje que acabamos de transcribir corresponde a "Movimiento final", el poema que cierra al libro, índice de la concepción musical que lo informa enteramente: "y si la palabra vuela no lo sabíamos / restos de cielo nos abandonamos / fuimos / o / soñá-bamos". Así concluye dicho movimiento declarando su gestión entre la realidad y lo soñado.

Bosque supone árbol y éste madera, de la que se sigue materia. Al optar por bosques como título, Armando Rojas enclavó sus poemas en un ámbito material aunque profundamente animado, asegurando la interacción de los sucesos cósmicos con los interiores del hombre en los rítmicos términos de un solo acontecer verbal. Es lo que, de un modo señalado, nos ofrece "Montes", el texto de mayor extensión que trae el libro y la piedra de toque de la aptitud poética del autor, pues su aliento no decrece y la conjunción de sus objetos le hace adquirir una rara y rica unidad. Algo insito a la condición material de estos, ya que por definición la materia puede adoptar cualquier suerte de formas. Y es en el curso del libre tránsito de sus palabras que suele ocurrir una como indicadora de una línea de fuerza de su expresión. Esta es "ceder". Algo cede, es decir, no persiste, no se detiene y per-

manece ahí. Algo viene entonces a relevarlo y esa relevación es una revelación: "cede el alba / tu cuerpo entre mis dedos / monte bullendo la memoria / árboles suspendidos en el viento / de octubre gime en mi ventana / vides recién cortadas / tiempo que lentamente cae / alrededor de bosques de aves / sosteniendo el cielo (...)".

De modo que, como hemos apuntado anteriormente, la idea musical que preside al conjunto de los poemas se hace una con el transcurso temporal que estos acotan. Desde el texto de apertura ("Para el principio del tiempo") hasta el de cierre ("Movimiento final"), el bosque, la madera, la materia van modulando el canto en que seres y símbolos se confunden, se desatan, se manifiestan y eclipsan.

Echemos finalmente una rápida mirada a los cuatro "movimientos" del libro. Por una parte, "Nubes" es el significante primordial de la escurridiza y deslumbradora fluidez de la vida, de sus configuraciones siempre nuevas y viejas (Nubes: símbolo shelleyano y bodeleriano del cambio impercedero); "Aves", la libertad y el esplendor del vuelo; "Rocas", la transformación de lo inerte; "Aguas", el sigiloso deslizarse y la dócil toma de las formas. La feliz disponibilidad que todos ellos trasantan nos dice, a las claras, de la libertad lírica que Armando Rojas ha asumido en estos textos preparatorios de otros con las insospechadas direcciones que toma el vuelo de los pájaros.